

LAS VÍAS QUE CONDUCEN AL NOSKISMO

Il Comunista, 14 de julio de 1921.

Vamos a explicar esquemáticamente esta evolución de la socialdemocracia italiana hacia la derecha.

El Partido Socialista, en sus proclamaciones oficiales, se coloca sobre un terreno claramente "pacifista" en lo que concierne a los métodos de lucha que el proletariado debe emplear, adoptando el punto de vista de los partidarios de Turati: apaciguamiento de odios, desarme de los espíritus y de los cuerpos, luchar con las armas civilizadas (es decir, no sangrientas) de la propaganda y de la discusión, condenar la violencia proletaria armada, no solo la ofensiva, sino también la defensiva. Esto significa que aunque el Partido Socialista aún no esté perfectamente de acuerdo con el punto de vista de Turati, que admite la "colaboración gubernamental" con la burguesía, sí que al menos aprueba sus métodos legales y socialdemócratas. Ciertamente, son dos cosas distintas. Quien admite la colaboración con la burguesía está contra las directivas revolucionarias de los comunistas; pero también lo está quien, sin ir tan lejos, reprueba el uso concreto de la violencia en la lucha de clases y se limita a emplear los medios tácticos que ofrecen las instituciones burguesas. La experiencia revolucionaria demuestra que esa posición lleva fatalmente a quien la defiende a renunciar a la revolución y a hacerse cómplice de la contrarrevolución. Veamos como los acontecimientos de Italia confirman esto.

¿Cuál es la base del principio del "social-pacifismo"? ¿Es el "no matarás", el "ofrecerás tu otra mejilla al agresor" del cristiano o del tolstoyano? Seguro que no. Si los socialdemócratas creyeran en extravagancias parecidas, serían ciertamente menos peligrosos, pero más estúpidos de lo que son en realidad.

La consigna de no matar a los fascistas, de no responder a sus provocaciones, es una consigna contingente que procede de un principio general distinto y que no responde a motivos morales. ¿Cuál es ese principio?

Veamos si la socialdemocracia ha condenado "siempre" la violencia en sí, es decir, de manera absoluta. Tomemos de ejemplo a Turati, que fue quien dio a su partido esa consigna de pasividad. ¿Qué decía, en octubre del 17, tras la derrota de Caporetto, mientras el ejército austriaco penetraba, armas en mano, en territorio italiano? ¿Aconsejaba a los soldados italianos no matar, tirar sus armas, no responder a la violencia con la violencia? Todo lo contrario. Exaltaba y santificaba la resistencia armada de las tropas italianas en el Grappa. Y cuando nosotros, los comunistas, defendíamos la tesis revolucionaria que condena la defensa de la patria, decía cómodamente que nuestras razones eran "tolstoyanas", calificándolas de "idiotas y nefastas", cuando en realidad nosotros partíamos de la consigna de que "los proletarios no deben dirigir sus armas contra otros proletarios, sino contra el enemigo de clase que está en su propio país."

Entre estas dos posiciones distintas del "social-pacifismo", frente a la invasión extranjera y frente al bandidaje fascista, tiene que existir una continuidad lógica. Debe existir, y no es difícil definirla.

El socialdemócrata, el social-pacifista, no está contra la violencia en general. Reconoce que la violencia tiene una función histórica y social. No niega, por ejemplo, la necesidad de arrestar y, si es necesario, matar al delincuente común, al autor de agresiones callejeras. Pará él, la invasión militar y este tipo de delitos son comparables, pero se niega a compararlos con la ofensiva "civil" de los guardias blancos. ¿Cuál es, entonces, la distinción que lo guía?

El social-pacifismo no puede responder a esta pregunta, pero nosotros sí. Su distinción se basa en cómo concibe la "función del poder del Estado constituido". Esta es extremadamente simple. Cuando es el poder del Estado quien emplea la violencia, quien la quiere, quien la ordena, entonces esta violencia es legítima. En consecuencia, como fue el Estado quien quiso, organizó y ordenó la defensa armada en el Grappa, ésta no solo era legítima, sino sagrada, aunque extremadamente sangrienta. Pero la violencia defensiva contra el fascismo es ilegítima porque es una iniciativa extra-estatal y extra-legal.

No hay que defenderse contra el fascismo, pero no porque este no sea el mejor medio de desarmarlo (¡Turati no es un chiquillo!), sino porque *es al Estado a quien incumbe reprimir la violencia fascista, consideraba también como extra-estatal y extra-legal*, según esta mentalidad social-pacifista.

Sigamos analizando la política social-pacifista. Su orientación supone suscribir un principio típicamente burgués, *que el socialismo marxista siempre ha combatido, incluso en su día por boca de Filippo Turati*. Según este principio, desde que existe el Estado democrático y parlamentario, ha terminado la época de lucha violenta entre individuos, grupos y clases de la sociedad, pues la función del Estado es precisamente tratar toda iniciativa violenta de la misma forma que las acciones antisociales, aunque él haya surgido de la destrucción violenta del Estado del antiguo régimen.

La nefasta política actual y futura del Partido Socialista italiano responde a este criterio.

Ha lanzado la consigna de desarme y de no-resistencia al fascismo, pero el fascismo no se ha desarmado. Ha lanzado la consigna de la acción legal y electoral, y una fracción considerable del proletariado la ha seguido, pero el fascismo no se ha desarmado.

El P.S.I. se opone al punto de vista comunista según el cual el fascismo no es más que otra forma que adopta el Estado burgués frente a la violencia revolucionaria del proletariado, su último recurso defensivo y contra-ofensivo. El P.S.I. pretende que la situación vuelva a la "normalidad", donde puede continuar su obra pacífica tradicional, para la que está adaptada su estructura. Como la política de desarme y participación electoral no ha logrado ese resultado, el P.S.I. se ve obligado a negociar directamente con los dirigentes fascistas. El fracaso actual del P.S.I. no significa nada más que se está preparando para hacer más concesiones, tras renunciar espontánea y oficialmente a la lucha armada, una consecuencia lógica de su fatal premisa "pacifista". Esto lleva a este tipo de pactos: nosotros nos hemos desarmado; el fascismo debe comprometerse a hacer lo mismo; las fuerzas legítimas del orden, el Estado, deben hacerse cargo de la represión de la violencia privada. El socialdemócrata ansía con una estúpida y nefasta vehemencia que llegue ese ilusorio retorno a la legalidad. Por tanto, es lógico y verosímil que el P.S.I. proponga a las dos partes que se comprometan a denunciar a todos aquellos que atentan contra esa legalidad, sean quienes sean; y si esto aún no ha ocurrido, ocurrirá.

Reservar al Estado la "administración de la violencia" no implica únicamente reconocer un principio típicamente burgués, sino reconocer un principio *falso*, lo cual tiene sus consecuencias. Lo *cierto* es que el Estado administra la violencia en provecho de la burguesía y que el fascismo no es más que un aspecto de esta misma violencia, un contra-ataque destinado a prevenir un futuro ataque revolucionario del proletariado (si la burguesía asumiera la batalla de clase sirviéndose de las fuerzas del estatales oficiales antes de que una vanguardia proletaria la ataque, se pondría en evidencia y proporcionaría demasiadas armas a la crítica comunista). Por tanto, la conclusión necesaria de todo esto es que el fascismo no se dejará desarmar hasta no estar absolutamente seguro de que la clase obrera en su conjunto no tiene la más mínima pretensión de atacar el Estado y las instituciones burguesas. El fascismo hará a la socialdemocracia la

oferta siguiente: para asegurarnos de que las masas proletarias no atacan al poder legítimo, ya que la función de este poder es hacer de contrapeso en la vida social y reprimir la iniciativa ilegal de las minorías, tomen ustedes la dirección del Estado, participen en el gobierno burgués.

El sentido común del socialdemócrata vulgar ve esta situación bajo otro ángulo. Acaricia la ilusión estúpida de apoderarse parcial o totalmente de las riendas del Estado para terminar con la "bárbara ilegalidad" del fascismo, mediante la Guardia Real y las otras fuerzas policiales oficiales. Y así, aunque el fascismo ceda terreno, al menos tendrá la satisfacción de ver que un partido de acción revolucionaria proletaria se ha transformado en un partido de gobierno en la órbita de las instituciones. Aunque el fascismo fuera derrotado gracias al empleo de la fuerza por parte de este gobierno (algo que es mera hipótesis), la socialdemocracia ocuparía su lugar. Gracias a sus pactos con el fascismo o a la colaboración ministerial, gestionaría el Estado y por lo tanto la violencia legal. ¿Y qué haría cuando *los comunistas continúen proclamando y empleando la violencia en sus ataques revolucionarios contra el poder del Estado?*

Sencillo. Condenará esta violencia revolucionaria por principios; pero a pesar de su actual pseudo-cristianismo, no dirá como hoy que no hay que resistirse a esa violencia. Coherente consigo misma, proclamará que el Estado tiene el derecho y el deber de aplastarla.

En la práctica, dará a la Guardia Real la orden de ametrallar al proletariado, es decir a los nuevos "bandidos antisociales" que rechazan los beneficios que les ofrece su gobierno "obrero".

Esta es la vía que seguirán los partidos que niegan el empleo ilegal y anti-estatal de la violencia como un medio fundamental para la lucha del proletariado. Esta es exactamente la vía que tomó Noske.

La crítica marxista y la dramática realidad que vivimos hoy en Italia lo demuestran.